

# Historia de la psicología

## El alma

La psicología como ciencia se erige sobre un concepto tan poco científico como el “alma”, un concepto fundamental en el pensamiento occidental y que, desde la mitología, se inserta en la filosofía, recorriéndola a lo largo de toda su historia. El sentido etimológico del término psicología es el de tratado o estudio del alma. Alma, en efecto, es la traducción consagrada de la palabra *psyché* desde que la obra fundacional de la ciencia que hoy denominamos psicología, *Peri-psyché* de Aristóteles fuera traducida al latín como *De anima*, y al castellano como «Del alma». Sin embargo con la traducción de *psyché* por alma hemos adelantado bien poco en términos científicos, porque alma es un término evanescente cargado de un contenido religioso y de un poder místico capaz de liberarnos de la angustia de la finitud, pero insuficiente para aclararnos algo respecto al contenido de la ciencia que estudiamos. Alma es, simplemente, un término mágico que, por hacer referencia a un principio inaprehensible, escapa a toda posibilidad de verificación, siendo, por ello, ajeno por completo al ámbito del conocimiento científico. En sus orígenes prefilosóficos y homéricos, el mito del alma es aún un concepto emergente y disperso que, antes de pasar a convertirse en el principio de inmortalidad atrapado en la cárcel mortal del cuerpo, propio de la corriente órfica y de la escuela pitagórica, carece de una denominación clara.

Cuando hablamos de la *psyché*, de la actividad humana, de la conducta o de la motivación, estamos sobreentendiendo una de las dos siguientes posibilidades o hipótesis:

Según la primera hipótesis, el principio de la acción humana reside en su **materialidad** corporal, lo que equivale a afirmar que la materia es intrínsecamente activa. Es la explicación del hilozoísmo que hallamos en los filósofos milesios, para los cuales el alma es un principio vital extensivo a la materia en su totalidad, que terminará desarrollándose como principio de movimiento y de sensibilidad, por tanto de conocimiento.

Según la segunda hipótesis, el principio de la acción humana no se deriva de su materialidad puesto que la materia es considerada inerte y necesita, por tanto, de un **principio motor ajeno a la propia materia**.

Pero aún dentro de esta segunda hipótesis debemos distinguir otras dos posibilidades:

que la actividad del cuerpo se deba a un **principio inmaterial e inmortal de carácter individual** que penetra y que habita en el cuerpo, un principio al que denominamos alma. Es la explicación del orfismo, del pitagorismo y del platonismo;

o que la actividad de los cuerpos se deba al influjo de fuerzas extrínsecas, siendo estos simples piezas de una gran máquina. Es la explicación del mecanicismo, que encontramos por primera vez formulada en el atomismo (y que dentro de la psicología actual estaría representada por el conductismo).

## Edad Antigua

### Psicología de Platón

Platón rechaza la psicología del período anterior, la época cosmológica de los físicos presocráticos, en la que el alma era reducida a aspectos materiales, fuego, aire o átomos. No fue, por tanto materialista, sino que estableció una neta distinción entre el alma y el cuerpo; para Platón, el alma es la posesión más valiosa del hombre y la tarea fundamental de la vida humana consiste en procurar que su alma tienda hacia la Verdad.

Los aspectos más fundamentales de la psicología (entendida como ciencia del alma) de Platón se encuentran en sus diálogos Fedro, Timeo, República y Fedón. Aunque tampoco habría que olvidar que otros aspectos de la psicología son tratados en otros diálogos, como Lisis (la amistad) o el Banquete (el amor).

Algunas de las cuestiones básicas de lo puede llamarse su «psicología y antropología» los tratará Platón en varios de sus diálogos (como el Fedro, el Timeo, o la República), pero sobre todo en el Fedón, que recoge algunas tesis fundamentales sobre el hombre. A grandes rasgos, serían:

- a) El hombre es la unión de alma y cuerpo;
- b) El alma es previa al cuerpo, inmortal y representa lo divino; c) El cuerpo es la cárcel y tumba del alma, mortal e impuro;
- d) El cuerpo muere y desaparece, pero el alma perdura tras la muerte de aquél;
- e) Hay distintos destinos para las almas, en función de cómo hayan sido sus actos en este mundo; y
- f) Tras una vida virtuosa, la muerte no es temible, sino hasta deseable.

Examinémoslas un poco más detalladamente.

El ser humano es fundamentalmente, alma; el cuerpo es un lastre arrastrado por aquella a causa de un antiguo castigo. En este dualismo psicológico platónico, el alma es superior al cuerpo en el sentido de que éste es movido sin ser él mismo fuente del movimiento, función que únicamente corresponde al alma. Así pues, el alma debe gobernar el cuerpo. «La única cosa existente», nos dice Platón en el Timeo, «que posee la inteligencia propiamente dicha es el alma, y es una cosa invisible, mientras que el fuego, el agua, la tierra y el aire son todos cuerpos visibles». En el Fedón Platón acabará demostrando, a su vez, que el alma no puede ser un simple epifenómeno del cuerpo (por epifenómeno se entiende todo aquel fenómeno que es añadido a otro, del cual depende; un fenómeno, pues, que no tiene causalidad propia).

La relación entre alma y cuerpo no es sustantiva, sino accidental; semeja la que existe entre «el timonel con su nave o la del jinete con su caballo». No son más que dos entes accidentalmente unidos, dos seres que se unen de modo temporal en lo que denominamos «hombre». Pero, recordemos, lo que en verdad nos configura nos nuestras almas, que preexisten a los cuerpos y les sobreviven una vez desaparecen.

Pese a este marcado dualismo, Platón no negará que el cuerpo (y, por extensión, toda vivencia a través de él) puede generar importantes influencias sobre el alma. Por ejemplo, mediante una

educación inadecuada, hábitos corporales viciosos o factores hereditarios, el alma puede recibir nefastas influencias que la dirijan hasta un estado de irremediable esclavitud.

Platón nos dice, en la República (y aparecerá de nuevo en el Timeo) que en el hombre hay tres tipos de alma, o una sola con tres «partes» distintas (doctrina probablemente heredada de los pitagóricos). Aquí no hay que entender, desde luego, la palabra «parte» literalmente, como si el alma constante de secciones materiales o extensas; más bien, Platón se refería con este vocablo a las distintas funciones anímicas o principios de acción. Esta naturaleza tripartita del alma humana estará configurada por:

- 1) La parte racional, con sede en la cabeza, distingue al hombre del bruto, y es el elemento más elevado de las tres funciones. Es la única inmortal y está emparentada con lo divino.
- 2) La parte irascible (o vehemente), con sede en el pecho, es la más acorde con la aspiración moral, y comprende las virtudes del alma, como el esfuerzo, el sacrificio, etc.
- 3) Por último, la parte concupiscible (o apetitiva), rige la tendencia al placer sensible, los deseos del cuerpo, y no obedece a la razón. Tiene su sede en el vientre.

La afirmación de Platón de la naturaleza tripartita del alma humana es consecuencia de observar los conflictos que acontecen en su interior: hay una obvia lucha en nuestro ser entre, por un lado, la razón y, por otro, el deseo de placer, éste último responsable de las malas decisiones y acciones que acometemos<sup>1</sup>. En el Fedro encontramos el bello y famoso mito del carro alado, una ilustración viva y gráfica del alma humana. La razón puede equipararse a un auriga, un cochero que gobierna un carruaje tirado por dos poderosos caballos: uno de ellos es el negro corcel del placer; el otro, el blanco caballo del deber. La pericia del auriga es imprescindible para templar la fogosidad del caballo negro (concupiscible) y pausarlo con el blanco (irascible) para poder seguir corriendo sin perder el control y el equilibrio.<sup>2</sup>

El cuerpo, habíamos dicho, es la cárcel del alma, encerrada como castigo por una culpa. Es su tumba, de la que sólo se librará cuando muera el cuerpo, momento de su liberación. Los amores absurdos, las pasiones desenfrenadas, las enemistades, locuras e ignorancias tienen siempre su raíz en el cuerpo. El alma tiende a lo racional y sublime; el cuerpo a lo irracional. La vida será, en esencia, una preparación para la muerte, mediante un «entrenamiento» de purificación con el fin de librarse poco a poco de los deseos corporales. El objetivo último es que el alma regrese, y cuanto antes, a su verdadera patria: el mundo de las ideas. Por ello la muerte no es una tragedia; sino una redención. Nos pone (a nuestra alma), por fin, en contacto con su propia esencia (el reino de las formas).

---

<sup>1</sup> Platón está también muy influido por la tradición oriental que aparece también en el mito de los Reyes Magos. Estos ofrecen al niño tres cofres para averiguar si su naturaleza es humana, real o divina. El contenido de los cofres es la sustancia material correspondiente a cada una de estas naturalezas: mirra –gomorresina roja-, oro e incienso.

<sup>2</sup> Se puede observar una analogía con el aparato psíquico freudiano: ello/yo/super-yo. El deber del alma racional es controlar los deseos de las otras dos, del mismo modo que el auriga controla a dos caballos. El alma Pasional estaba, para Platón, particularmente necesitada de sujeción por parte de la razón. La concepción platónica de la motivación es casi freudiana: el cuerpo busca el placer y evita el dolor: poseemos una corriente de deseos pasionales que pueden encauzarse hacia cualquier parte del alma, hacia el placer, las consecuciones personales o el conocimiento filosófico y la virtud. Los impulsos pueden motivar la búsqueda del placer transitorio o el ascenso filosófico al mundo de las Formas.

¿Por qué se unió el alma humana al cuerpo? Porque el auriga fue incapaz de dominar el caballo negro, el corcel de la concupiscencia. En su estado actual, el alma humana puede seguir dos caminos en este mundo: si se purifica (esto es, si los deseos del cuerpo son suprimidos, o reprimidos), ira reencarnándose progresivamente en cuerpos cada vez más perfectos, hasta que finalmente logre la purificación completa y regrese al reino de las formas, lugar en el que alcanzará la felicidad; pero si no se purifica, si sigue presa de los deseos del cuerpo, si el corcel negro permanece dominando su vida, se reencarnará en cuerpos cada vez peores, más ruines, incluso en cuerpos de animales, de modo que jamás alcanzará la dicha. En nuestras está, por tanto, el destino que queramos brindar a nuestra alma.

¿Cómo demostrar que el alma, el alma racional, es inmortal y eterna? En el Fedón Platón se dedicará a la cuestión.

1) «Conocer es encuadrar un objeto dentro de los conceptos que ya tenemos, y eso no lo podríamos hacer si no supiéramos nada del objeto que tenemos delante; por tanto, conocer es en el fondo reconocer, recordar la idea de ese objeto, vista por el alma en su primera existencia, cuando habitaba el mundo de las ideas, libre del cuerpo.

2) «Este mundo es imperfecto, y sin embargo nuestros conceptos pueden ser perfectos. Esto quiere decir que no el concepto de círculo perfecto el que depende de los objetos más o menos circulares, sino que éstos son más o menos circulares según se asemejan al concepto de circularidad perfecta. Otro ejemplo: en el mundo hay cosas más o menos buenas y más o menos bellas pero a nosotros nos gustaría disfrutar de una bondad o una belleza insuperables. Nuestros conceptos de belleza y bondad no los hemos podido formar a partir de seres imperfectos, luego los hemos conocido antes que el mundo sensible, lo cual implica que el alma ha preexistido en el mundo de las ideas. Si preexistía no es sensible, no es corpórea, y seguirá existiendo después de la muerte del cuerpo.

3) «Como conocer es «asimilar», desde los presocráticos se pensaba que tenía que existir una semejanza entre el que conoce y lo conocido: que «lo semejante se conoce por lo semejante»; según esto, si el alma es capaz de conocer las ideas, ha de tener una naturaleza a la de ellas: ha de ser eterna e inteligible.

«Una vez establecido la inmortalidad del alma, tiene máxima importancia investigar su destino después de la muerte del cuerpo. Aquí aparece una idea central en Platón, probablemente tomada de los pitagóricos: la metempsicosis».

Doctrina ésta, la de «conocer es recordar». Platón fue el primer gran innatista, ya que según él todo conocimiento es innato, debe existir en todo ser humano desde el nacimiento. Los objetos percibidos se parecen a las Formas de las que participan, y esta semejanza, unida a la instrucción, estimula al alma Racional para que recuerde cómo son las Formas (Anamnesis). En esta concepción se percibe una clara analogía con la teoría del lenguaje Chomskyana, según la cual la competencia lingüística es innata).

## **Aristóteles**

Aristóteles (384 a. C- 322 a.C), ha sido considerado por algunos nada menos que como el fundador de la ciencia que trata la psicología porque es el primero en considerar las cuestiones relativas a la

vida, a la conducta y al conocimiento como fenómenos de la naturaleza que, como tales, merecen un estudio empírico y un tratamiento científico.

En efecto, en su obra "El alma", el estagirita no solamente aborda aspectos metafísicos, sino que intenta explicar cuestiones concernientes a la percepción y la memoria. De hecho, dedicó un estudio especial al análisis de la memoria, a la que consideraba la actividad suprema del cuerpo humano.

El alma es, para Aristóteles, lo que constituye y explica la vida. Ahora bien, la vida es elementalmente automación y automovimiento. Por consiguiente, el alma será también automovimiento. Sin embargo, este automovimiento no resultará absoluto, sino condicionado por el mundo ambiente y por la circunstancia.

Ese automovimiento está dirigido a un fin, por lo que se trata de un dinamismo teleológico. Para el hombre moderno el alma tan sólo un haz de contenidos que nadie sabe cómo y por qué se cohesionan y se pertenecen unos a otros. Para Aristóteles en cambio, ella es forma, es sentido y es finalidad, es la totalidad de sentido de un cuerpo. Totalidad de sentido que no es independiente del sentido de la totalidad del *Kosmos* al que pertenece. Así, Aristóteles sitúa al ser humano en relación con el resto de la naturaleza, en la que los seres están escalonados en una estructura ascendente en la que la vida ocupa la posición superior en el mundo terrestre y el hombre la posición superior en la escala de los seres vivos.

Ahora bien, el alma genérica como principio de vida, se divide en una diversidad de almas. Distingue así un alma que responde a la nutrición y al hecho de la generación, al crecimiento y también a la corrupción: es el alma **vegetativa**. Esta alma se halla ya en las plantas perfecta y enteramente.

Existe luego un alma **sensitiva** donde ciertas funciones de la mente (o del alma), están determinadas con cierto valor biológico ya que, incluidas las capacidades del alma vegetativa, aporta todas las potencialidades sensitivas del ser vivo, las del apetito inferior, como son el procurar placer, evitar dolor, y también la imaginación, la memoria y el movimiento como consecuencia del deseo, elaborando así una psicología de las cualidades. Esta alma aparece en el reino animal. El hombre, además, posee el alma **racional**, que es la que le confiere el ser específico de hombre.

El nexo de unión entre el principio nutritivo-generativo y el sensitivo en los animales es el apetito, que se encuentra en los animales al servicio del fin específico del alma vegetativa: la nutrición y la reproducción. Aquélla a fin de poder hacer posible ésta. Y ésta como una compensación del afán intrínseco a todo ser de perdurar siempre. Al no ser posible la permanencia individual, les queda al menos la específica a estos seres de categoría inferior.

En cuanto al hombre, se dan en él los cinco sentidos que encontramos escalonados en los animales, entre los cuales el tacto es el fundamental para la vida sin el que el animal no puede realizar la funciones típicas y necesarias de la nutrición y la generación. Los demás sentidos se hallan en los animales para que su existencia viva sea mejor o más favorable, para que "existan bien", no sólo para que "existan". Esa "mejor existencia" parece culminar en el hombre en quien los sentidos se ponen al servicio de una vida superior. Todos los comunicados de los sentidos particulares se reúnen en él en una especie de sentido común, que corresponde al término moderno de conciencia psicológica.

Estos contenidos sensoriales de la conciencia no siempre desaparecen con el objeto excitante. A veces perduran o se reproducen en lo que se llama imaginación o "fantasía"—, o en la memoria.

En el estudio de la sensación incluye una serie de hechos que adquirirán gran importancia en la psicología experimental, como que la escasez de excitante equivale a la ausencia del objeto al no ser actualizado el órgano correspondiente, o que el exceso puede provocar su destrucción, lo que estará contenido en las leyes de los **umbrales de Weber**.

Aunque realiza explicaciones sobre el funcionamiento de los sentidos y la memoria, aquí resulta de especial interés la relativa al recuerdo, que es propiedad exclusiva del ser humano en tanto que implica a la inteligencia, así como al reconocimiento de lo pretérito y de su relación con el tiempo.

Aunque el recuerdo se basa en la supervivencia en nosotros de las formas sensibles, en él interviene la voluntad, que a su vez supone el libre albedrío consciente en virtud del cual escogemos el punto de partida oportuno para, a través de sucesivos eslabones retrospectivos, evocar el hecho que se pretende.

Aristóteles renuncia, pues, a la teoría dualista del "piloto en la nave" que ya conocemos de la tradición órfico-pitagórica y que ha escuchado de su maestro Platón, para llegar a la formulación de una teoría de la unidad sustancial del cuerpo y del alma, afirmando que "Podemos convenir, pues, en que todas las afecciones del alma son inseparables del sustrato material de la vida animal". Afirmación de la que podría deducirse una doctrina de la mortalidad del alma individual. Sin embargo, el alma tiene, según el pensador, una parte superior que no nace ni perece, a la que denomina "*nous*", que no es otra cosa que el intelecto. Con excepción de ésta, todas las demás partes del alma se degradan hasta perecer, como el propio cuerpo.

Concebía, como decíamos, la existencia de tres tipos de almas, cada una correspondiente a cada uno de los diferentes tipos de seres vivos. Así, tenemos el alma vegetativa, poseída plenamente por los vegetales, que tiene la única función de sobrevivir, es decir, la nutrición y la reproducción. Existe también un alma sensitiva, que corresponde a los animales (que también poseen la anterior), con capacidad de experimentar sensaciones y dolor. Finalmente, identifica el alma racional, que corresponde únicamente a los seres humanos, que también poseen las dos anteriores y su objetivo es la búsqueda de conocimiento, el entendimiento del bien y del mal, y la búsqueda de la felicidad.

Para Aristóteles, es esta tercera capacidad del alma racional, la que tiene la capacidad de trascender después de la muerte, mientras que las otras dos mueren indefectiblemente con el cuerpo

Podemos decir que Aristóteles es, en cierto sentido, el primer psicólogo de procesamiento de la información; así, si hablamos de la psicología aristotélica, podemos ver antecedentes y similitudes con ciertos conocimientos y teorías psicológicas actuales. De ahí que se pueda considerar a Aristóteles como un pilar y precursor de la psicología actual, aun cuando lo que estudiaba era el alma y no propiamente la mente.

## Edad Media

La filosofía platónico-agustiniana dominaría el pensamiento medieval en Occidente durante toda la Alta Edad Media (siglos V-XI); el naturalismo de Aristóteles, que empezó a difundirse durante la Baja Edad Media (siglos XI-XV), resultaba en principio incompatible con el dogma eclesiástico, la concepción cristiana de la inmortalidad del alma humana y la meditación introspectiva como fuente del conocimiento.

En el mundo islámico, tras una primera huella de neoplatonismo, el alma se había seguido estudiando fundamentalmente desde una perspectiva naturalista, combinando la filosofía aristotélica con la medicina romana tardía, como la de Galeno (129-216 d. C.).

Siguiendo de cerca el planteamiento de Aristóteles y sus comentaristas islámicos, y en contra de la idea platónico-agustiniana del cuerpo como tumba o prisión del alma, Santo Tomás (s.XIII, apogeo de la Escolástica) definirá el alma humana como la forma del cuerpo. Sigue también la clasificación aristotélica de las facultades del alma, manteniendo la distinción entre alma vegetativa, sensitiva y racional, si bien se cuidó más de introducir aspectos que separaban al ser humano del animal, incorporando algunos matices importantes que otorgaban al primero un mayor control racional.

## Renacimiento

Con la disolución de la antigua comunidad cristiana jerárquica (articulada a través de unidades políticas como el Sacro Imperio Romano Germánico) en numerosos Estados, cada uno de los cuales se entiende como una asociación (*societas*) de individuos, empezarán a aparecer diferentes teorías del contrato social, jurídicas, éticas y políticas, que tratarán de explicar la unión entre esos individuos que ahora se consideran como originalmente aislados (teorías como las de Hobbes o Locke a lo largo del siglo XVII y Rousseau en el XVIII) (Dumont, 1985). La noción de individuo independiente y autónomo, base de la sociedad moderna, se encuentra en pleno despegue, es precisamente en este contexto, en la última década del siglo XVI, cuando empieza a aparecer en algunos textos de la escolástica protestante el término «psicología», como una traducción helenizante de lo que se venía llamando «ciencia del alma» (*psiqké* + *logos*). Aunque todavía no se puede hablar del nacimiento de una nueva disciplina, ni de la conciencia psicológica propia de la modernidad ligada al concepto de mente como espacio de la subjetividad; el estudio del alma se sigue dando en diferentes ámbitos: la física, donde se estudiaba la parte del alma ligada al cuerpo, es decir, a los sentidos (más o menos lo que hoy llamaríamos fisiología); la llamada pneumatología, dedicada al estudio de los espíritus (el alma inmortal); y la filosofía moral (ética y política), centrada en el escrutinio del alma racional, compuesta de entendimiento y voluntad así como de una conciencia moral, juez interno ante el que responden aquellos actos de la voluntad que no pasan por el entendimiento (los afectos).

## Edad Moderna

Una parte importante de la responsabilidad del nacimiento de la psicología moderna recae en el desarrollo de la física mecanicista en el siglo XVII. Esta nueva concepción de la física se enfrentaba al naturalismo renacentista, de raíz aristotélica, por su atribución de capacidades o poderes a la materia (como, por ejemplo, en su tratamiento de los imanes, que se consideraban dotados del poder de la «atracción magnética»). Alineada con la sensibilidad más puritana y austera de la

Reforma, la nueva filosofía natural reservaba el poder activo sólo para Dios. En este contexto, los reformadores cristianos más comprometidos con el desarrollo de la ciencia dieron un giro hacia el mecanicismo, haciendo de la materia algo completamente inerte, sin capacidades. La materia se volvía así algo mecánico, movido únicamente por la mano de Dios. Este fue el marco científico y religioso en el que desarrolló su trabajo René Descartes (1596-1650), que llevaría ese mecanicismo hasta el cuerpo humano.

## Descartes

Descartes, cuyo contacto con la física escolástica le había convencido de la necesidad de desconfiar de los sentidos, se propuso desarrollar un método que nos permitiera ordenar nuestro pensamiento y no confundir lo verdadero con lo falso. A partir de una serie de premisas, la primera de las cuales consistía en no aceptar como verdadero nada que no fuera conocido con una certeza absoluta, se propuso dudar sistemáticamente de todas sus creencias, incluyendo su propia existencia. En el proceso de esa «duda metódica», Descartes concluyó que lo único indudable era que, mientras estuviese pensando, él era algo: existía. Así lo recogió su famosa fórmula *cogito ergo sum*, «pienso, luego existo».

El «yo pensante» es descrito por Descartes como una sustancia que se distingue por la capacidad de pensar y por ser lo contrario de la materia, es decir: inextensa, indivisible e incuantificable (no ocupa espacio alguno ni depende de nada material para existir). Ese yo, alma inmaterial e inmortal, se presenta en términos radicalmente opuestos al cuerpo, desmarcándose así de la noción aristotélica y tomista de alma como forma del cuerpo.

En su lugar, establece el famoso «dualismo cartesiano», entre el cuerpo, entendido como una sustancia con todos los atributos de la materia (*res extensa*), como una máquina cuyas operaciones pueden ser perfectamente explicadas como procesos físicos sin necesidad de recurrir a fuerzas vitales, y el alma en general, la *res cogitans*, «algo que duda, concibe, afirma, niega, desea, rechaza, que también imagina y siente». De esta división entre cuerpo y yo pensante se desprende una idea de especial importancia, a saber, la **realidad del alma inmortal**, que le permitía satisfacer tanto su propia fe religiosa como la de los teólogos católicos. Por otro lado, de la división entre alma y cuerpo se desprendía otra idea fundamental: que la presencia combinada de alma y cuerpo sólo se da en el ser humano. Desde el punto de vista cartesiano, los animales carecen de alma; son meras máquinas.

A partir de este momento, pues, lo opuesto a «alma» (anima, principio de vida) ya no será la ausencia de vida (lo inanimado), sino el cuerpo, que pasa a entenderse como un autómatas. El alma pasa a ser así sinónimo de “mente”, o lo que Aristóteles llamaba “alma intelectual” (pensamiento consciente), del que se ocupará la psicología moderna.

El problema de este planteamiento consistía en explicar el nexo de unión entre dos realidades cualitativamente tan diferentes, pues el alma, incorpórea, inextensa, incolora, en definitiva inmaterial, no se entiende cómo podía transmitir al cuerpo las decisiones de la voluntad para superar el determinismo mecanicista que caracterizaba a la materia. La libertad humana resultaba así puesta en entredicho. Tampoco era fácil explicar la relación inversa ¿cómo el cuerpo material transmite sus modificaciones al alma para que ésta tome consciencia de las percepciones y de las afecciones en general?

Descartes consideró que los movimientos del cuerpo eran transmitidos a través de unos conductos por los que circularían ciertos fluidos, “espíritus animales”, que producirían los movimientos por medio de la presión ejercida sobre los músculos, a la manera de un fontanero que dirigiera de manera precisa el curso de estos fluidos. Los fluidos procedentes del cuerpo se reunirían en la glándula pineal, única estructura cerebral que no era doble y que se encontraba situada en una posición privilegiada, en el centro mismo del cerebro. A su vez, a través de esta glándula, el alma transmitiría al cuerpo los movimientos correspondientes a las decisiones de la voluntad, que se transmitirían por medio de los fluidos a través de los conductos hasta los músculos correspondientes.

## **Locke**

A ese discurso contribuirá de forma decisiva el inglés John Locke (1632-1704) con su Ensayo sobre el entendimiento humano, el que defenderá, contra el pensamiento aristotélico-tomista, que la mente sólo conoce sus propias ideas —no conoce formas o esencias, ni siquiera objetos en sí mismos—. Sin embargo, a diferencia de Descartes, que defendía el carácter innato de una serie de ideas, como la de perfección y la existencia de Dios (pero también de los axiomas matemáticos y de todas aquellas que representan esencias verdaderas, inmediatas y eternas del estilo de las Ideas platónicas), Locke planteará que todas las ideas provienen de la experiencia (de ahí que se le considere un representante del empirismo, mientras que Descartes lo es del racionalismo). Nuestros contenidos mentales más complejos, pues, no serían sino el resultado de la combinación de las sensaciones particulares que recibimos de la realidad material. Las ideas que suponíamos innatas no se encuentran en los niños ni en los retrasados mentales.

Locke se sirve de la metáfora de la mente como una *tabula rasa*, una pizarra en blanco donde las sensaciones imprimen registros de lo que ocurre en el mundo. La percepción, la reflexión sobre lo que percibimos y la facultad de conservar las ideas simples durante un tiempo (memoria) serían los primeros pasos del conocimiento, a los que seguirían operaciones mentales como la combinación de ideas simples en ideas complejas (por ejemplo, la idea de belleza procedería de combinar las de color y forma), la comparación de ideas particulares entre sí (ideas de relación, causa y efecto, identidad, etc.) y la abstracción, que aísla y separa a una idea de todas las que le acompañan en la vida real.

A partir de este momento se desarrollará una polémica entre la corriente empirista, iniciada por Locke y seguida por autores ingleses, como Hume, y franceses como Voltaire, que pretendían explicar la mente humana de manera mecanicista como una concatenación de asociaciones entre sensaciones e ideas, del mismo modo que un anatomista explicaba el funcionamiento de las partes del cuerpo, y la corriente racionalista, iniciada por Descartes y seguida por autores como Leibniz o Spinoza y en general los autores alemanes, para la que la conciencia era el reflejo de las leyes